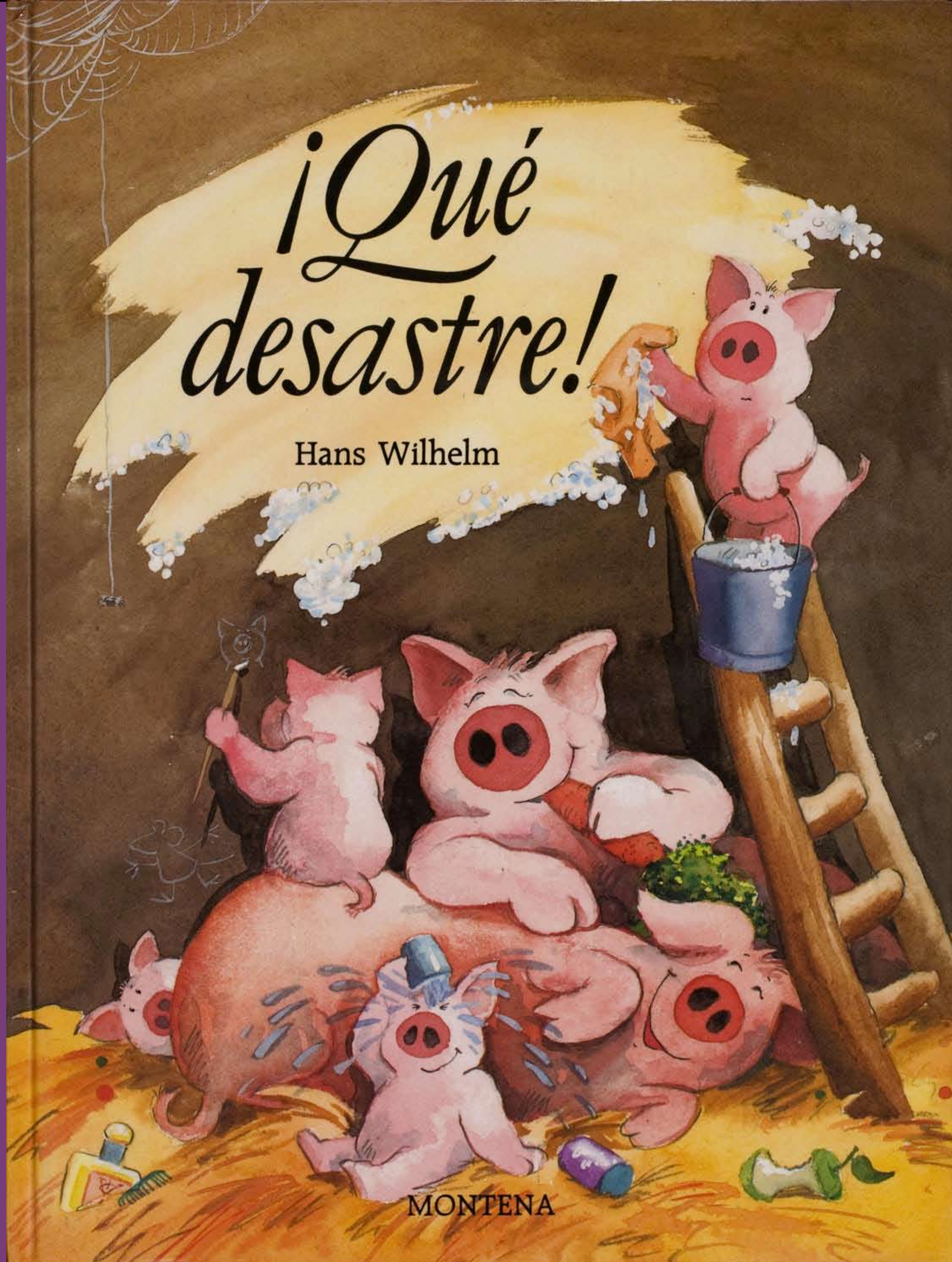

¡Qué desastre!
Hans Wilhelm
MONTENA

¡Qué desastre!

¡Qué desastre!

Hans Wilhelm



MONTENA

Título de la obra original: *Oh. What a Mess!*
Traducción: Isabel Gómez-Arnau

Para Stephane

Publicado por acuerdo con Crown Publishers Inc.

Avda. Alfonso XIII, 50 - Madrid
ISBN: 84-397-1556-0
D.L.: M-32.375-1989
Impresión: Grafur, S.A.

Printed in Spain



Franklin estaba casi siempre solo. Quería tener amigos e invitarlos a su casa pero no podía. ¿Por qué?

Porque le daba mucha vergüenza. Su familia era muy perezosa y muy desordenada. No limpiaban ni barrían nunca; jamás hacían las camas ni fregaban los platos. Sólo se bañaban una vez al año y nada más cuando no quedaba más remedio.



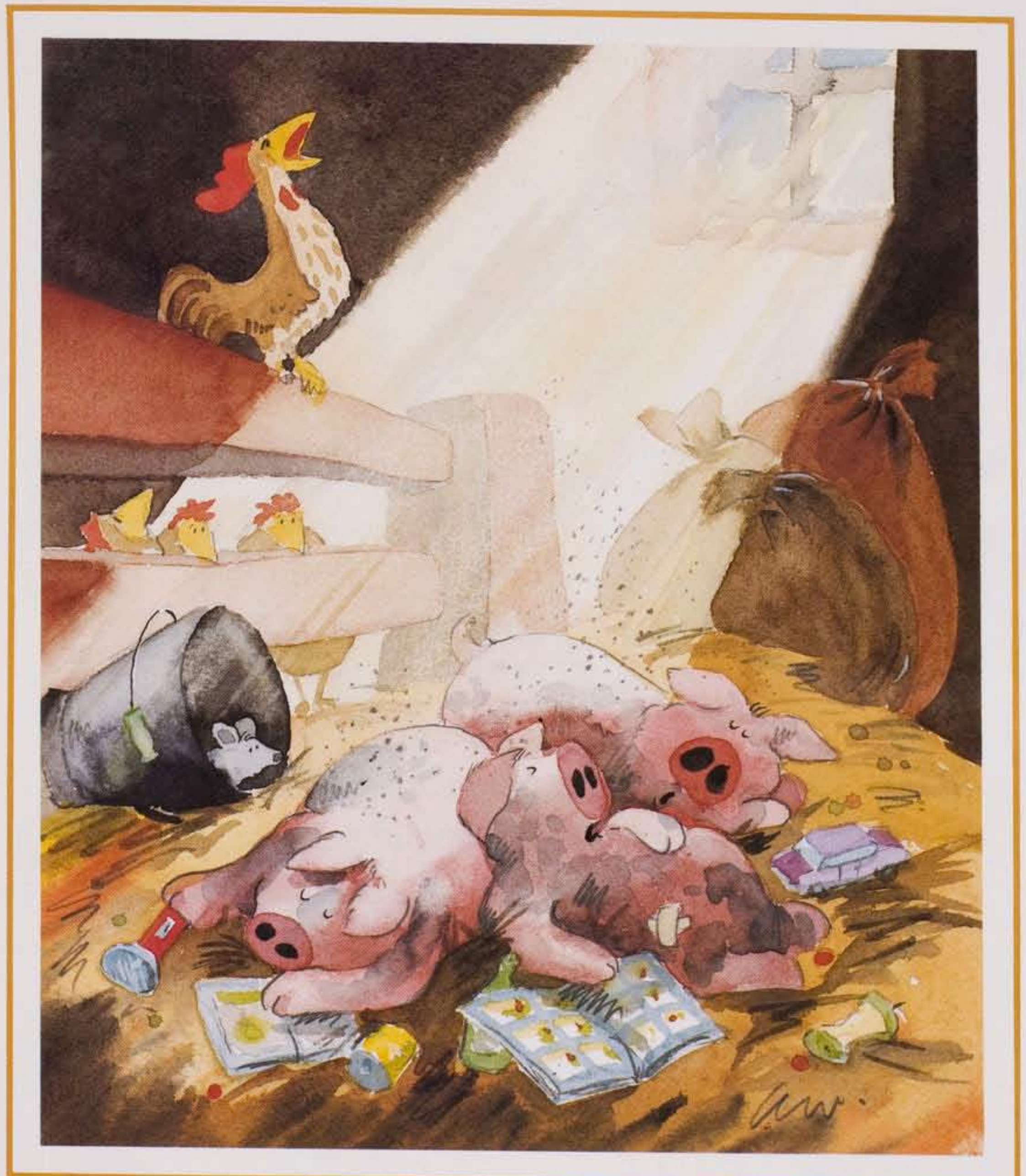






La casa estaba tan desordenada que era peligroso andar por ella. Franklin se tropezaba continuamente con juguetes y cosas que había por medio. Era normal que alguno de la familia tuviera heridas o estuviera enfermo, pero a los padres de Franklin no les importaba mucho y siempre estaban durmiendo.



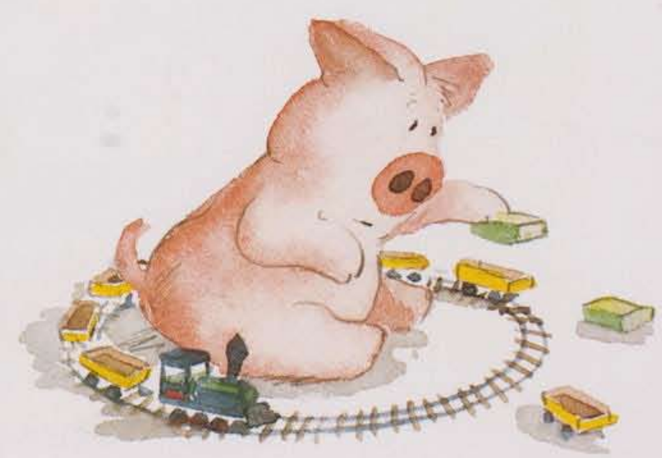


Franklin se levantaba muy pronto todos los días para ir a la escuela. Sus hermanos se quedaban un rato durmiendo y cuando faltaba sólo un minuto para entrar, iban corriendo detrás de Franklin sin lavarse ni desayunar.





En la escuela la maestra hacía que los hermanos de Franklin se sentaran lejos de los demás, porque olían fatal y estaban demasiado sucios —incluso para ser cerditos. Franklin quería que sus hermanos se lavaran y fueran más limpios, pero a ellos no parecía importarles nada.





Un día en la escuela la maestra dijo que todos tenían que hacer un dibujo. Cada uno el que quisiera. Franklin decidió pintar un arcoiris y se lo tomó muy en serio.



Cuando lo terminó, era el dibujo más bonito de toda la clase. La maestra se lo enseñó a todos para que lo vieran y aprendieran y luego le puso un gran lazo que significaba el primer premio.

Franklin no estaba acostumbrado a que todo el mundo lo mirara porque era un poco tímido. «No e-ess ta tan bu-bueno...», dijo, aunque en el fondo estaba contentísimo con el premio.

«¿Qué dirán papá y mamá del cuadro?» pensaba de vuelta a casa.



Cuando sus padres lo
vieron, se quedaron
impresionados.



—¡Qué bonito es! ¡Mira por donde tenemos un Rembrandt en la familia! —dijo el padre muy orgulloso.

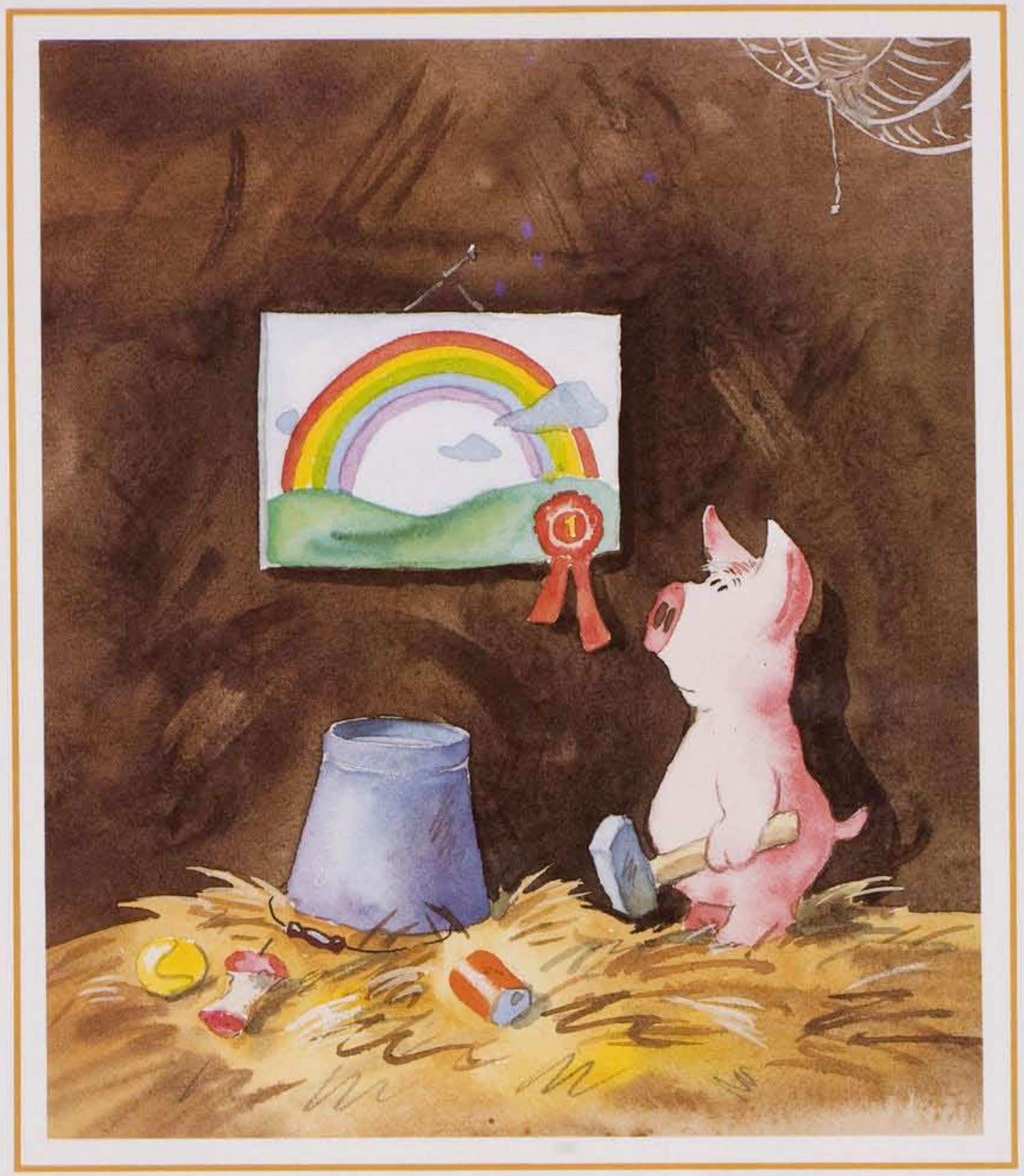
—Es el arcoiris más bonito que he visto en mi vida —dijo la madre de Franklin.

El abuelo movió la cabeza y dijo que realmente era una obra de arte.

—¡Cuélgalo allí! —dijo el padre.

—Es que... no sé, pero... —empezó a balbucear Franklin. Pero su padre insistió: —No seas tímido, hijo. Este cuadro debe verlo todo el mundo.





Cuando ya estaba colgado en la pared, Franklin se echó un poco para atrás y lo miró.

—¿No crees —dijo en voz baja— que estaría más bonito si la pared estuviera un poco más limpia?

—Sí, puede que sí, hijo —dijo el padre—. A lo mejor tienes razón; vamos a limpiarla un poco a ver cómo queda.



Y el padre de Franklin se puso a restregar la pared con agua y jabón.

—Mira, ¡hay papel debajo! —descubrió.

—¡Y qué bonito es! —exclamó la madre de Franklin.



Cuando terminaron, Franklin dijo a su padre:
—Papá, gracias por limpiar la pared, ahora se ve mucho mejor el cuadro.

—Claro, es que un cuadro tan bonito tiene que estar en una pared limpia, pero ahora lo que debemos hacer es limpiar el suelo porque también está sucísimo.



—Eso déjame hacerlo a mí —dijo el abuelo—. Llevo cincuenta años queriéndolo hacer y nunca me he decidido. Ahora tengo una buena excusa.

Retiró y sacó fuera toda la paja vieja y puso una fresca y limpia.

La familia estaba muy contenta porque el cuadro quedaba cada vez mejor con todo limpio y ordenado a su alrededor.

—¡Las cortinas! —dijo la madre de Franklin—. Casi se me olvida lavarlas y no podemos dejarlas así de sucias.

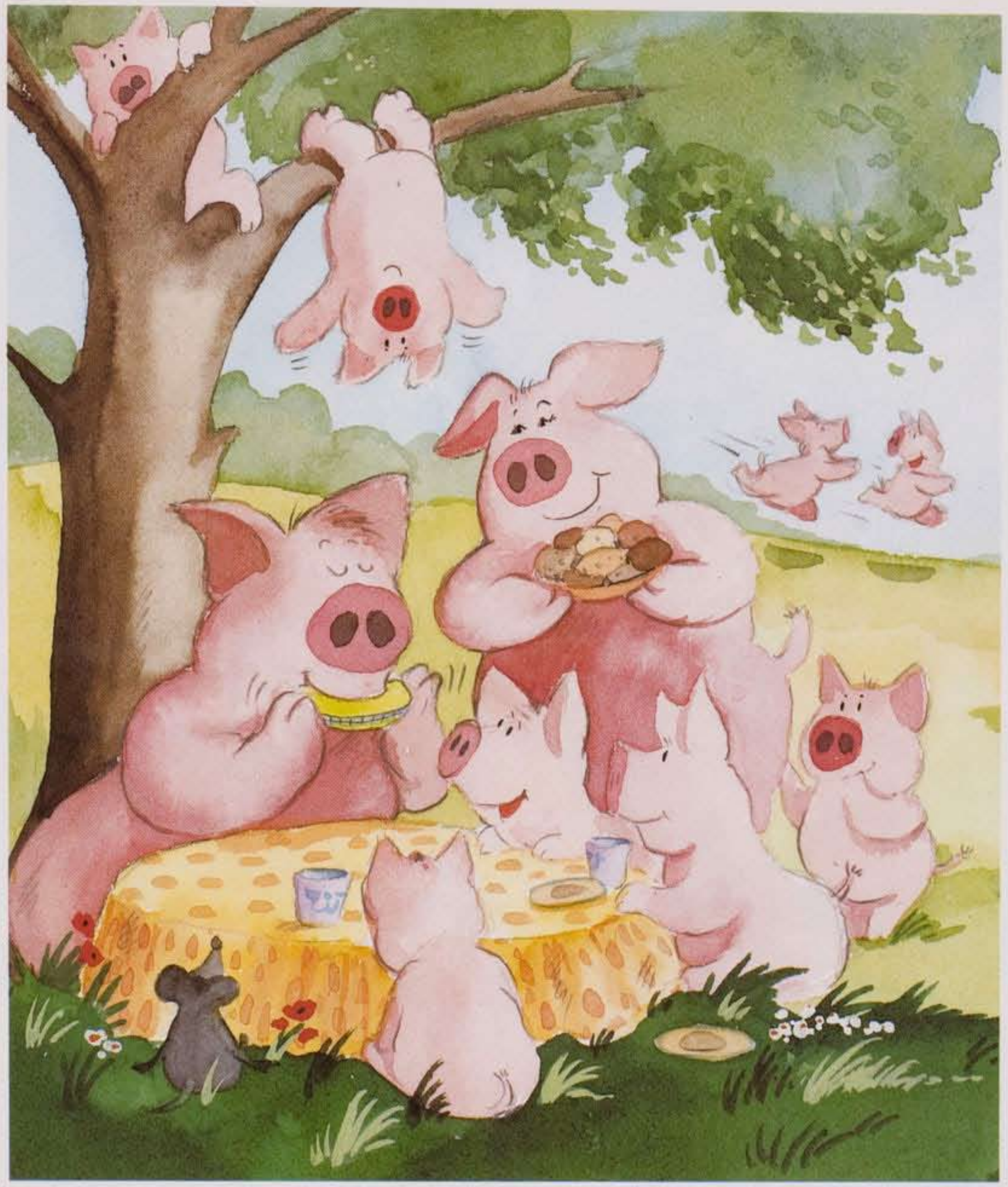
Las descolgó y empezó a lavarlas.



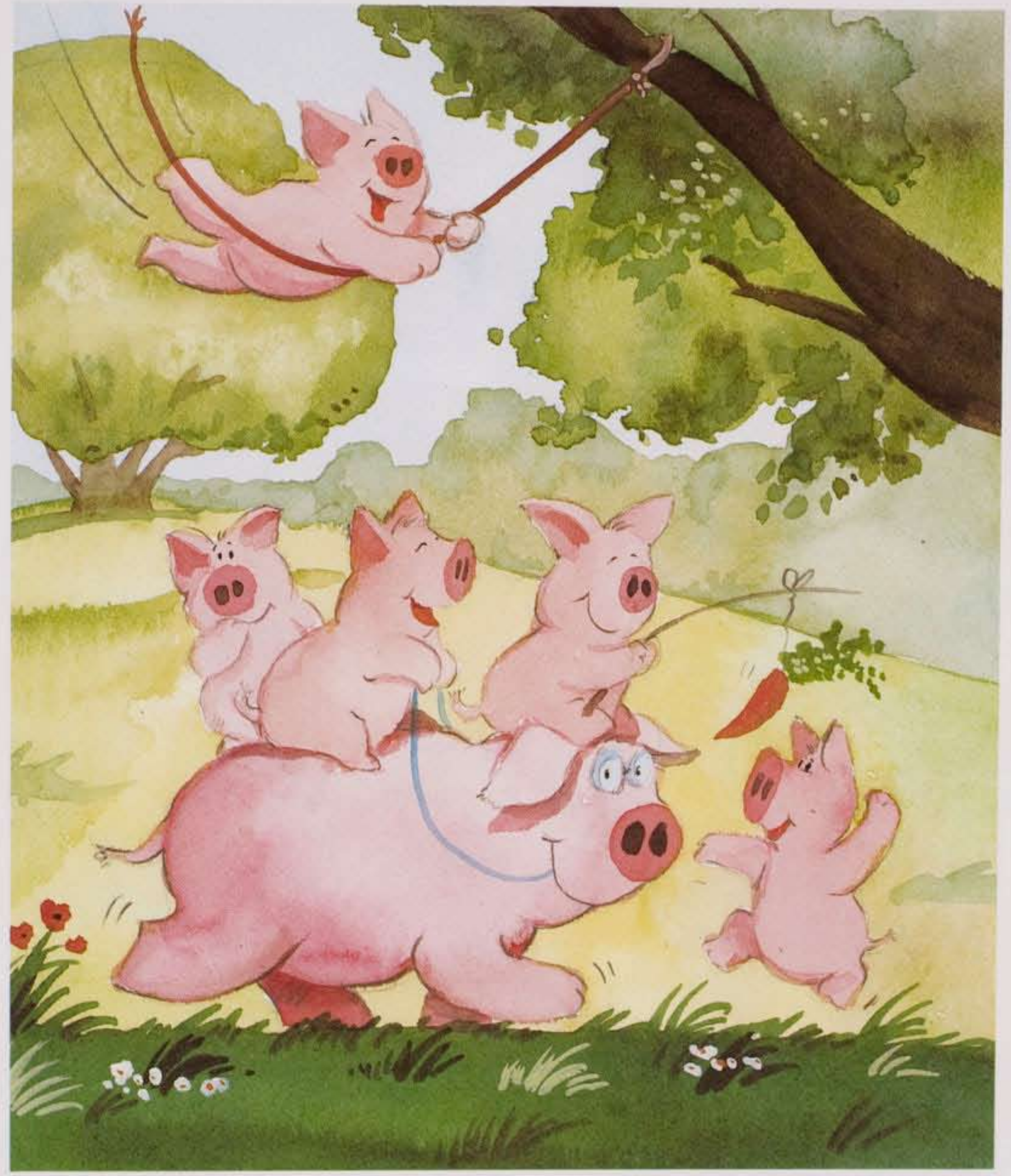


Las metió en un enorme barreño con agua y jabón y al poco rato empezaron a salir muchas burbujas y una gran espuma. Apetecía tanto meterse en el agua con burbujas que todos prepararon un baño y se metieron juntos en el abrevadero para divertirse y jugar. Pasaron toda la tarde allí salpicándose, gritando y gruñendo.



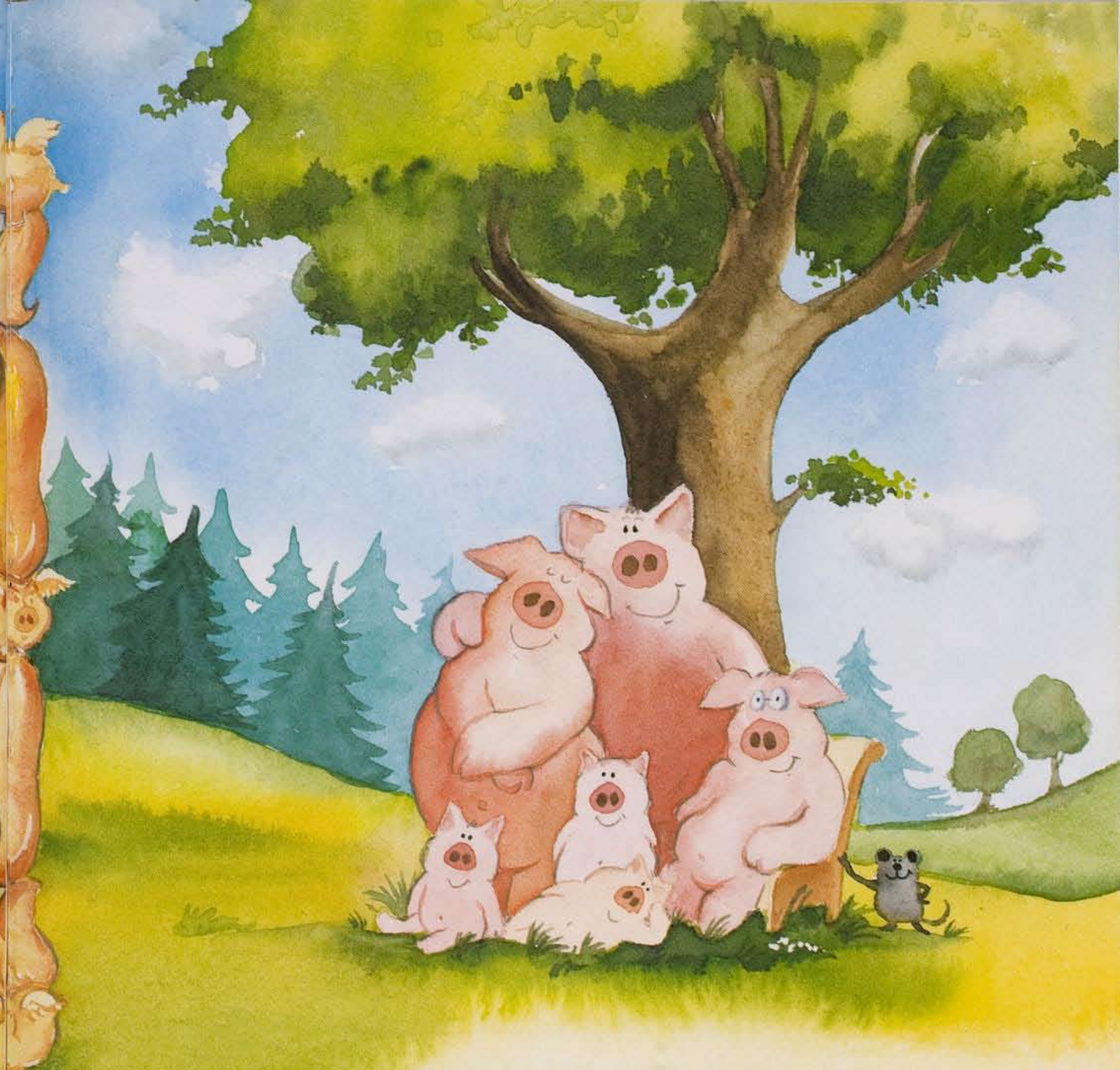


Franklin estaba contentísimo con su familia. Ya no sentía vergüenza y empezó a invitar a su casa a sus amigos de la escuela. Su madre les preparaba unos riquísimos pasteles para merendar. Además, su padre encontró una armónica por la casa y todos cantaban a coro.



Hasta el abuelo se apuntaba a jugar con ellos. Un día antes de irse, sus amigos le dijeron: —¿Sabes?, tu familia es la mejor de todas—. Y Franklin creyó ser el cerdito más feliz del mundo.





A partir de entonces, la vida de Franklin fue mucho mejor. Gracias al esfuerzo de sus padres, pudo ir a clases de dibujo y aprendió las técnicas de la pintura.

Su madre, su padre, su abuelo e incluso sus hermanos consiguieron mantener siempre una casa limpia y arreglada.



Aunque de vez en cuando y para divertirse, se bañaban todos juntos en un gran charco lleno de barro y chapoteaban sin parar... ¡ah! y Franklin también.